

Gijón: mis terrores cotidianos

Toni García



Día ajetreado ayer en Gijón con un buen número de citas cinéfilas y resultados desiguales. Para empezar la mañana se proyectó *Play*, un aterrador retrato de la sociedad sueca (extrapolable a cualquier otra) con base en la crónica de sucesos: una serie de niños de 12 a 14 años se dedicaron entre 2006 y 2008 a robar a otros niños. La cosa se repitió más de 60 veces hasta que la policía de Goteborg tumbó el entramado. Estos atracos, sin rastro de violencia física, y sustentados en la presión psíquica sobre la víctima le sirven al director Ruben Östlund (en la foto) para trazar un relato tensado como la cuerda de un piano donde toda la intimidación se dirime en terrenos poco habituales, más relacionados con la cultura del miedo y sus consecuencias que con la agresión pura y dura. *Play* no abusa de estos elementos y en cierto modo se limita a la observación de un hecho que escandalizó a los suecos hace poco menos de tres años sin tratar de pontificar o sacar conclusiones. Posiblemente ahí resida la auténtica fuerza del relato: la certeza de que estamos cerca –demasiado cerca– del caos y de que éste empieza por el eslabón más débil, el que integran todos los que crecen en un mundo donde los valores habituales han sido sustituidos por la ley del más fuerte.

Después del subidón de *Play* el bajonazo de *L'Apollonide*, una plúmbea mirada al universo de la prostitución que tiene mucho de bodegón barato y poco de corazón y músculo. El director Bertrand Bonello (aquel señor que en 2001 tuvo sus 15 minutos de gloria con *Le pornographe*) pretende contar la historia de un prostíbulo de lujo, con pantera de nombre dudoso (Vuitton) y champán a tutiplén, donde la decadencia está llegando a su plenitud. La madame, una señora viuda y con dos retoños, vive acosada por las deudas, y las señoritas

de compañía no tienen muy claro que va a pasar con sus puestos de trabajo. El –presunto- desencadenante de la acción es la agresión a una de las prostitutas y su posterior reclusión (física y psicológica) entre las paredes del burdel. En realidad es la chispa de un mechero que se ha quedado sin gas: Bonello tira de lo que haga falta para llevar su relato a las dos horas y llena el metraje de lugares comunes, jovencitas ligeras de ropa, burgueses aburridos, viejos verdes y amores imposibles. Por atreverse se atreve hasta con la pantalla partida (sin venir a cuento, por supuesto) y ni por esas es capaz de llevar al espectador por otra senda que no sea la del aburrimiento. Su actividad contemplativa se estrella ante la indefinición de los personajes, monigotes privados de personalidad que parecen más protagonistas de un –mal- culebrón que las protagonistas de una película que quiere ser (o eso parece) un fresco sobre ese momento de vértigo que precede al desastre. No hay en *L'apollonide* ni un gramo de sustancia, solo un vacío intento de escandalizar que no convencerá ni a los cinéfilos más piadosos.

Por la tarde pudo verse la estupenda *Attack the block*, una de las películas del año en el Reino Unido. La firma Joe Cornish, un miembro de la generación británica encabezada por Edgar Wright y Stephen Mofatt (de hecho los tres firman el guión de *Tintín*) llamada a colonizar Hollywood. El filme aprovecha una invasión alienígena para –con grandes dosis de cachondeo- soltar unas cuantas bofetadas a derecha e izquierda y reflexionar sobre la articulación del barrio, esa entidad que en ciudades como Londres parece tener vida propia y reglas distintas. El buen humor (y la mala baba) de la obra de Cornish gustó mucho en Gijón, un festival donde encaja a la perfección.

Para culminar el día (con gran entrada en las salas y una oferta espléndida) los más inquietos pudieron repetir el programa doble que ya pudo verse hace apenas unas semanas en el Festival de Sitges: el corto *Trumpet*, de la realizadora menorquina Anna Petrus y *Amanecidos*, firmada a cuatro manos por Yonai Boix y Pol Aregall.

Trumpet es un magnífico ejemplo de concreción cinematográfica, una preciosa reflexión sobre la soledad que se arma a partir de una estructura casi minimalista y que sin embargo es capaz de llegar a emocionar jugando sin cartas marcadas. Petrus se mueve como pez en el agua en un universo muy pequeño y sin embargo universal: el que tejemos con aquello que amamos.